

**Una Insurgente en el Centro de la Debilidad.** Este artículo también admite poner su título al revés: "la debilidad de la fuerza", pero entonces el nombre de Ramona tendría que ser sustituido por el de "la clase política mexicana", "el gobierno" o mejor aún "el régimen". En cualquier caso, lo que busca es explicar y sobre todo reflexionar sobre el hecho de que un miembro famoso de la dirigencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), la comandante Ramona, llegara, con todo y pasamontañas, a la clausura del Congreso Indígena Nacional y más tarde al centro histórico mismo de la Ciudad de México. Y para llegar, debió pasar por sobre las advertencia y el rechazo explícito de autoridades y de personajes representativos de las fuerzas supuestamente más poderosas del país.

La presencia de la diminuta guerrillera en la Ciudad de México no implicó el derrumbe del Estado que vaticinara algún exagerado, pero el hecho sirvió para que el gobierno y el régimen de presidencialismo sin límites y partido de Estado, mostraron un obvio y perfectamente explicable estado de debilidad. Fue en eso, su debilidad aunada a una cierta dosis de sentido común, lo que obligó a las autoridades a aceptar la presencia pública de un enemigo, desarmado pero enemigo al fin, al que poco antes habían amenazado con la ley y, sobre todo, con aquello que sostiene a la ley: la fuerza legítima del

Estado. Pero fue en este último punto donde afloró la debilidad: el gobierno y sus aliados tienen la fuerza, pero no la legitimidad que debería acompañarle para hacerla efectiva.

La comandante Ramona llegó a la capital del país tras la febril negociación que sostuvieron los zapatistas con el gobierno, pero fue una negociación indirecta, con intermediarios, y que según los mandos zapatistas, no equivalió a pedir permiso para saltar el fuerte cerco militar y llegar a donde residen los poderes políticos, económicos e ideológicos del país.

Durante la negociación, tanto las autoridades como los intermediarios, creyeron que estaban negociando sobre la posible llegada a la capital del subcomandante Marcos y de vario otros miembros del Comité Clandestino Revolucionario Indígena del EZLN. Fue en el último minuto que Marcos anunció que no, que ese no era el caso, y que sólo habría un representante del EZLN en el Distrito Federal: la enferma comandante Ramona. En su propia persona, la enviada de los zapatistas resume los agravios históricos y la penosa condición de los indígenas y de todos los marginados en México: su complexión es una acusación por la desnutrición en que viven las etnias indígenas, su dificultad en leer y hablar español dice más que todo un libro sobre el fracaso del compromiso educativo del Estado Mexicano con los indígenas. Armada de una bandera mexicana y de un comunicado a todo el país, la pequeña encapuchada resultó ser un golpe político genial de los

zapatistas, que tomó por sorpresa a sus adversarios y les hizo perder, una vez más, la batalla de la imaginación.

**Símbolos de los Tiempos.** La comandante rebelde llegó a la ciudad capital en un momento en que la descomposición del régimen y de su ética -como lo acaba de expresar alguien que fuera uno de los altos representantes, José López Portillo (*Proceso*, 13 de octubre)-, quedó simbolizada por el macabro hallazgo de un cadáver en una lujosa y amplia finca de Cuajimalpa, "El Encanto", edificada para dar todas las comodidades a las que podría aspirar un caballista, como lo es el hermano del ex presidente Carlos Salinas, que vive en la urbe más poblada del mundo.

Entre "El Encanto", su extraordinario picadero y su inesperado cadáver, y las cañadas chiapanecas de las que procede la comandante Ramona y en la que habitan las comunidades indígenas que constituyen la base social inmediata del EZLN, hay una liga indirecta pero clara. Lo uno -la ilimitada corrupción de la clase política mexicana y de su sistema- es la raíz y razón de lo otro: la pobreza, la enfermedad, la marginalidad y la reacción violenta del EZLN a es agravio. Sólo quien está moralmente ciego puede evitar ver esa liga.

**Polarización.** Para entender la fuerte reacción en contra del EZLN y de sus acciones, así como las manifestaciones de entusiasmo con que una parte de la sociedad capitalina recibió a la comandante Ramona, hay que partir del hecho desafortunado

pero ineludible, que la sociedad mexicana está ya muy polarizada. La polarización económica es la clave, y está es tan evidente que no se necesitan de las cifras del INEGI para comprobarla, sino de la simple observación del entorno social o político.

Desde el momento mismo de la aparición del EZLN primero y del Ejército Popular Revolucionario (EPR) después, se desató un caudal de voces que, en diferentes tonos y con diferentes argumentos, condenaron a los insurgentes por el uso de las armas como instrumento de política. En el otro extremo aparecieron los que justificaron el que los marginados seculares tomen esas armas en lo que consideran una acción de defensa propia -el derecho a la rebelión-, pues hace tiempo que les fallaron, o nunca les sirvieron, los canales institucionales para presentar sus demandas y obtener respuestas efectivas. No hay que olvidar aquí a ese tercio de encuestados que recientemente respondió afirmativamente cuando se le preguntó si estaba justificado el uso de las armas en circunstancias donde los canales políticos están taponados. (*Reforma*, 9 de septiembre)

**La Fuerza Débil.** Y así como es un hecho empírico la división en la sociedad mexicana en torno al EZLN y a muchas otras cosas, también lo es la enorme diferencia de recursos entre las partes en pugna. El gobierno federal dispone hoy en su ejército, armada y fuerza aérea, de más de 200 mil efectivos cada vez mejor y más costosamente equipados. Ese número bien puede

llegar al cuarto de millón si se les suman las policías federales. En contraste, la fuerza armada zapatista posiblemente no rebase los 2000 efectivos mal pertrechados. Para combatir con efectividad a la insurgencia la relación clásica de ejército a guerrilla es de 10; en el caso de México esa relación se rebasó, y con mucho, hace buen tiempo.

Si lo anterior es cierto, entonces ¿porque existe aún el EZLN? La respuesta es obvia: porque si bien el gobierno y su ejército tienen la capacidad material para acabar con los insurgentes, el precio político -interno y externo- que tendrían que pagar por esa victoria sería altísimo, más o menos similar al que Díaz y el sistema pagaron -y sigue pagando- por su nada glorioso 2 de octubre de 1968. En suma, al sistema de poder en México le sobran armas pero le falta autoridad en el sentido profundo: autoridad moral. Y es ahí, en ese flanco abierto que ninguna tropa federal puede cerrar, donde los zapatistas concentran su ataque y consiguen sus victorias.

La presencia en zócalo capitalino de la diminuta, enferma, encapuchada pero desarmada comandante Ramona, comprueba una vez más, por si fuera necesario, que las verdaderas armas zapatistas no son su mezcla de algunos AK-47 con rifles .22 y escopetas, sino la justicia de sus demandas, su fértil imaginación política... y el apoyo que reciben de muchos mexicanos fuera de la zona del conflicto.

La coalición que se presentó contra la presencia de una delegación del EZLN en el congreso indígena que se celebró la

semana pasada en la Ciudad de México, era francamente impresionante y, superficialmente imbatible. La encabezaba la Secretaría de Gobernación, cuyos representantes fueron tajantes, aunque sólo al principio: si se atreven los zapatistas a salir de su zona, dijeron, incurrirían en un acto de provocación y se les aplicaría la ley pues "incluso sin rifles, ni capucha integran un grupo armado". "Para salir [los zapatistas a la capital del país] a hacer política tienen que firmar la paz, sólo entonces tendrán plenas garantías para desplazarse" (*Excelsior*, 20 de septiembre, *Reforma*, 2 de octubre). El PAN, por su parte, y a través de Juan Antonio García Villa, hizo suya esa posición y demandó que si los representantes zapatistas aparecían en la Ciudad capital "se les aplique la ley", pues no se podía hacer otra cosa frente a un EZLN que busca derrocar al gobierno y que ya no conocía límites a sus pretensiones. (*Reforma*, 4 de octubre). Luego terció el ala conservadora de la Iglesia -tradicionalmente la más fuerte-, que por boca de Norberto Rivera declaró: "El ligar para tratar los problemas de Chiapas es Chiapas...Trasladarlos a México es desproporcionado" (*Reforma*, 5 de octubre). Finalmente, también se pronunció en sentido similar la empresa privada; Carlos Gutiérrez, presidente de la CONCAMIN, afirmó que el gobierno había mantenido la cordura, pero si los zapatistas insistieron en trasladarse al Distrito Federal, entonces "deben hacerse efectivas las ordenes de aprehensión" (*Excelsior*, 8 de octubre). El ejército no dijo nada

directamente, pero en esos días llevó al presidente a la zona del conflicto a visitar sus formidables instalaciones y se encargó de difundir el hecho.

Pese a enfrentar tan impresionante falange, el EZLN envió a su representante, confiado en que ni los duros "halcones" antizapatistas se atreverían a llevar a la insurgente Ramona a la cárcel o al Campo Militar No. 1, y acertaron. En fin, en vez de la agudización de la tensión y el conflicto., hoy el EZLN y el gobierno reanudan las negociaciones con unos insurgentes que han vuelto a tomar la iniciativa.

**El Meollo de la Cuestión.** Independientemente de cual sea la postura de cada uno frente al EZLN y su política, queda muy claro que el gobierno y el régimen en su conjunto sólo podrán enfrentar con éxito y de manera constructiva a adversarios como los nuevos zapatistas o el EPR, no si tiene un ejército y un aparato de inteligencia cada vez mayor y más costoso, como es el caso, sino recuperando su legitimidad. Si la autoridad formal tuviera la autoridad moral de la que hoy carece, es muy posible que ni siquiera hubiera surgido el EZLN o el EPR, pues en su momento los indígenas chiapanecos, los marginados de Guerrero o los grupos que reclaman la democracia política, hubieran contado con los canales adecuados para presentar sus demandas y exigir su satisfacción, y así los elementos con vocación por la revolución hubieran quedado desarmados de entrada.

La mejor defensa de un régimen no son sus fuerzas armadas y sus policías, sino la aceptación de la población, por convicción, de la legalidad de las instituciones y de la autoridad. Para que no haya más Ramonas, Tachos o Marcos, debe acabarse con los muchos "Encantos" y con los esqueletos que pueblan la geografía y los armarios de la política mexicana; debe haber una administración profesional y honesta, una presidencia alcanzada por elecciones sin fraude y con equidad, partidos políticos que no sean de Estado, un congreso con legisladores y no con súbditos del presidente, vías legales efectivas para exigir cuentas a burócratas y, sobre todo, debe haber ciudadanos, capaces de dar tiempo, esfuerzo y recursos en favor de su comunidad sin esperar otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido.